

OLVIDO

Panorama que otrora fue la diana
donde iban a clavarse, ilusionadas,
cual ávidas saetas, mis miradas,
de mi primer vivir en la mañana.

Paisaje ya sin luz en la liviana
memoria, y horas ya casi olvidadas
y ahora de repente a mí llegadas
de un añejo grabado en la ventana.

Por atalaya el mástil del recuerdo,
mientras bogo del tiempo por el mar,
os contemplo por un fugaz instante.

Mas apenas os miro y ya os pierdo,
paisaje de mi amor, primer soñar,
espejismo en el mar, ansia incesante.

TEODORO CEPEDA GIL

Un triunvirato tricotómico

Por NARCISO SANCHEZ MORALES

I



SADO es el escrito que pergeño hoy para la publicidad española, no tanto por su forma, un tanto metafísica y transcendente, que doy a las figuras que tomo por objeto de este difícil modelar en crítica, sino por lo aventurado de tocar una, con vida propia, sujeta aún a las leyes de los mortales y que pudiera zafarse, «sponte sua», de la inmovilidad que requiere el posar en el estudio.

Mas no lo creo; opino que de este triunvirato, el último de los «vir» que enjuicio, sigue manejado y dirigido por ese «fatum divinum», que es realidad de la expresión española de «genio y figura hasta la sepultura». Qué él, como los otros dos «vir», arrebatados ya por la cruel Parca, perdonen las inexactitudes de mi loa o subestimación. Falaz es la boca de los hombres, y yo tal me considero, y «de internis neque judicat Ecclesia», con lo que dejo en suspenso la precisión de mis juicios. Sin embargo, vale la pena aventurarse a ser sincero consigo mismo, que es tanto como sincerarse con los demás, ya que nuestra persona se hace en tanto en cuanto las que nos rodean comercian sus juicios y opiniones con uno mismo, y ese uno, en recíproco trueque, intercambio o catallague amoroso, los obsequia con sus pensamientos y criterios. Ser veraz es eso: acercarse a conocer, sentir y vivir la verdad y transferirla, sic, al prójimo que nos determina.

Concretamente me refiero a las tres últimas figuras que han hecho época en la historia de los tiempos modernos: Hitler, Musolini y Franco. Al tratarlos y pretender configurarlos he de definir el marco histórico en que se movieron, esa historia que les dio a luz porque había concebido y, lógicamente, tenía que alumbrar al cumplirse los días de su gestación. La historia es maestra de la vida, y también matriz y madre, que concibe por los hechos humanos seres que luego la prolongan. Hitler es hijo de un imperio prusiano; Musolini de una Monarquía de Saboya, y Franco de un Reino. Por eso los ras-

gos distintivos de estas tres figuras, serán, respectivamente, imperar, gobernar y reinar. Maticemos estos conceptos absolutos valiéndonos de la historia que engendra y acuna a estos genios.

En Königgrätz el imperio de la «clemencia austriaca» de los Habsburgos, un eco de la Universitas Cristiana de nuestro Carlos V, es relevado por la fuerza bruta de un Canciller de Hierro, con lo que el prusianismo protestante releva al catolicismo austriaco: el brazo tenso del déspota acaba con las manos abiertas de la generosidad; la unicidad racial con el pluralismo de pueblos del Danubio; el imperio de los Hohenzollern con el Sacro Romano Imperio de los Austrias. El prusianismo, por tres veces, intenta dominar Europa y al mundo. Ahí quedan tres guerras, a cual de ellas más sangrientas: la del setenta, la del catorce y la del treinta y nueve.

Con Bismark el imperio que sólo quiere esclavizar al resto de los estados federados germanos; con Guillermo II el militarismo alemán, a lo Napoleón, pretende soyugar al resto de Europa; y con Hitler, el racismo germano, religión y mito, intenta dominar, social y económicamente, al mundo, para cobrar el tributo universal de los pueblos en beneficio del dios de las selvas de Centro Europa. Racismo y militarismo, aparentemente unidos, son los dos ídolos ante los que se prosterna y somete la masa amorfa del pueblo alemán. Sobre esos ídolos, que son columnas, se erige como dios único, Adolfo Hitler, el gran profeta, a lo Mahoma, por quien se manifiesta la voluntad del Todopoderoso.

Hitler, pues, reniega de su austriacismo natal y se convierte en ídolo de todos los alemanes. La intelectualidad y religiosidad huyen atemorizadas y, sólo, alguna que otra voz aislada, que es sofocada en el acto, osa levantar su protesta y lanzar un anatema. Hitler, figura de Satán en cuerpo humano, manda y ordena al dictado, del desenfreno de su locura. Hitler es un poseído, un entusiasmado o endiosado por una idea mística y mítica: el mito religioso del dios de la raza. Pero su desequilibrio mental no yerra en su pragmática social y económica. Aprovechando la debilidad de otros pueblos, tonifica al propio, lo enfervoriza, y como cordero obediente sin voluntad alguna lo lleva al ara del sacrificio. El es un Abrahán antibíblico: sacrifica a Isaac en lo alto del Monte y cuando su dios todopoderoso le exige más sangre, él mismo se quita la vida. Su lema fue ese, el prometeísmo diabólico, el todo o la nada. Su figura pasará a la historia como *cuerpo* del hombre, como esa parte inicial, de arranque, de la tricotomía que estudiamos. Fue un Prometeo encadenado al dominio exclusivo de su raza; quiso destronar a los dioses

y el buitres de la maldad le devoró sus propias entrañas. Se consumió a sí mismo. Quedó en *hombre*, en nada; ni siquiera el esqueleto.

II

Un segundo personaje emerge en la historia, en la primera mitad del siglo XX. Me refiero a Benito Musolini; un *alma* latina, un oasis perdido en el desierto de arena de una monarquía liberal, sectaria y nada católica. También Musolini es un hijo de la historia, un alma que pretendía soplar a un cuerpo hecho de barro, de añicos de señores feudales, de duces andioteros y merodeadores de camino. Una monarquía sin historia, que se viste de seda a costa del pillaje en Austrias, Borbones y Papas. No niego al pueblo italiano su derecho natural a ser nación; pero su historia moderna es la infancia de algo que esperamos será con el tiempo figura de varón y señor, Musolini nace en tiempos de una monarquía niña, improvisada, tierna y tornadiza, amamantada a los pechos de nodrizas de baja ralea; sectarios y carlonarios. Por eso su afán y tarea fue esa: su alma, dar vida al cuerpo débil de un rey niño. Como suele pasar, cría cuervos que te sacarán los ojos. Por eso el fin trágico de Musolini, por tener alma, no será el suicidio del cuerpo, sino el homicidio, que deja la ventana abierta para que el *alma* se remonte a las alturas. Tuvo errores, ¿cómo no?, pero fue humano y cristiano porque sentía en su pecho la romanidad, que es la más castiza cuna de todo humanismo que nace en Italia. Musolini fue un monarca que gobernaba sobre un pueblo, débil por niño, y que como los infantes aplauden sin saber, al que de la noche a la mañana se proclama rey de sus juegos. Musolini supo gobernar, no mandar, que todo se le fue en gesto. Fue un niño en cuerpo de hombre; fue un *alma* noble, al que la ilusión de una realidad ficticia le jugó la peor de las pasadas: la del homicidio.

Entre el fascismo de Musolini y el racismo de Hitler hay la diferencia que existe entre las figuras parangélicas de un Fray Angélico y los gestos demoníacos de las imágenes de Frünevald. Luz encendida de amaneceres y tinieblas en penumbras de anohecerceres. Fueron los dos extremos de una concepción: la ilusión de una temprana mañana y la incontinencia de una noche de orgía.

Dentro del triunvirato hemos descrito el *cuerpo* de materia y el *alma* de vida de una tricotomía natural, no sobrenatural. Es más, podríamos decir que estas tres figuras, cuerpo, alma y espíritu de este triunvirato tricotómico, no vive lo natural ni lo sobrenatural. Entre la *naturaleza* de acá abajo, de los hombres, y la *sobrenaturaleza*

de allá arriba, de los espíritus, oscila una *entre-naturaleza*, que a veces es espiritual, a veces humana, pero cuyo campo de influencia viene determinado por lo que pudiéramos llamar la quinta dimensión; que es intuición, mística, arrebató divino o psíquico, algo de ese segundo cielo al que llegara San Pablo, pero del que no podría pasar, en cuerpo mortal, al tercero, que es dominio de los espíritus y de Dios. La naturaleza está sujeta a cuatro dimensiones, pero se alza, a ratos en volandas de la quinta dimensión, ya humana, ya divina. Pues bien, sigamos hablando de esta *entre-naturaleza*, donde han vivido y aún vive una de las figuras de este triunvirato.

III

La última personalidad, el espíritu de esta terna, opino la materializa el General Franco, que es también hijo de una historia que le ha hecho reinar, en un sentido ultramonárquico.

Un padre de familia, en el más diminuto de los reinos que puede darse en la tierra, que es el hogar, oye con frecuencia estos tres verbos: imperar, gobernar y reinar. La gradación se ve a simple vista: imperar es lo más fácil y lo más bajo; basta sólo ser el varón para mandar, sobre todo, si se emplea la fusta. Gobernar es algo más, es pilotar la nave familiar en el mar de los gastos e ingresos, de premios y castigos. Pero reinar es el sumo. Es recibir la sonrisa de los hijos, el beso ininterrumpido de la mujer. Ser rey del hogar, sin peana ni corona, es caminar a través de la vida, sobre el rostro el halo luminoso de la satisfacción de hijos y esposa. Reinar, a pesar de los defectos inherentes a la misión de padre, supone hacerse respetar y querer. No elimino los fallos, porque al atribuir el concepto de *espíritu* a Franco, lo hago en un plano natural, mejor dicho, *entre-natural*, reconozco que es hombre de carne y hueso, que en él puede existir algo no bueno o, al menos, que no encuentre la aprobación cien por cien de aquellos que le admiran, pero que no elimina siga siendo rey, en un sentido ultramonárquico. «Nihil perfectum sub sole», pero al menos luce el sol, que puede quemar toda imperfección y arrancar aromas a la flor hasta su total desmayo.

Este varón español también es hijo de una historia, que, también ha concebido en función de los españoles que nos precedieron. España es un reino, mejor dicho, un conglomerado de reinos, hasta de reinos taifas en época de los moros. La concepción de reino es algo que no es connatural; pocos emperadores, sólo dos y por tangencia, y dos repúblicas que no encajaron en España. Reino en un sentido

ultramonárquico, más allá de la plasmación de una monarquía concreta. De ahí que España quiera instituir y plasmar, como forma de gobierno, el concepto metafísico de Reino. Si no hay monarca que lo encarne, quédese en eso, en Reino, en Reino que sabe esperar, incluso en una eterna Regencia. Franco ha sido fruto de esa concepción de reinos españoles, que han sabido ganarse el pueblo (a jóvenes, hombres y ancianos), a las élites del espíritu, de las ciencias y de las letras, e incluso, la bendición de Dios, a través de su representación viva que es la Iglesia. Pero un reino natural, que hoy día delimita su campo del reino sobrenatural, dependiendo el primero del último en cuanto a espíritu y recibiendo de él, todo aquello que es orden y promoción de la ley moral. Se acoge a él, como católico, pero realiza independientemente sus singladuras, pidiendo al cielo vientos favorables para su navegar por tantos mares ignotos, agricultura, industria, economía y turismo. No más confusión de campos; independencia, respeto, veneración y adoración al único Dios que dirige el rumbo de las estrellas y que ha escrito su palabra en la Embajada del Verbo hecho Carne. La Iglesia es Cuerpo Místico, *sobrenatural*, y nuestro reino es completamente *natural*, necesita de la gracia del primero, pero hecho por la voluntad de los súbditos del segundo.

Esta ha sido la gran sabiduría de este reinado del *espíritu* de Franco. Por eso, esperamos de Dios, que ni el suicidio anulará su cuerpo como a Hitler, ni el homicidio romperá el vaso que sustenta tanto espíritu. Se doblegará como la airosa espiga, cuando el grano maduro busque por su peso la abierta y ahita tierra, donde el fruto empreñará y nuevas espigas y nuevos frutos, en dulce fluir de prosperidad y crecimiento, dé continuidad por el Movimiento a este Reino de España, que en el peor de los casos mantendrá sobre sus sienes una corona mística.

He aquí un triunvirato tricotómico que ha hecho época en la historia. Tal vez mis conceptos, en su concreción no sean aceptados por muchos. Pero hay un ruido que denuncia al río. No importa que las riberas hayan quedado algo imprecisas. Que otro mejor que yo las determine. Mas ahí queda la corriente, que es la historia, y en el momento del siglo en que vivimos, que se consumió y se consume en imperar, gobernar y reinar, yo me quedo con la sonrisa y el respeto que exhala la flor de un reino, que sin rey ha vivido en paz los treinta mejores años de un siglo. Vendrá quien lo mejore, murmurará alguno. Pues que venga, si es para bien general de esta España,

de grandes y chicos, de afortunados y desafortunados, de torpes y listos, de lisiados y sanos. Un rey así sería el broche de oro.

Que venga lo mejor, si ese mejor es de todos y no de algunos. Que venga algo superior que prolongue este baile de paz, y no nos veamos obligados a clamar, al borde de la tumba: Lo bailado (estos treinta años de paz) no hay quien nos lo quite. Que sobre el «hómo faber» español se incrustare como solaz del espíritu, el «homo ludens» que no es tan castizo, al son del tamboril de un rey, son que no se extinga nunca, porque, si es vencido y dominado, nos forzaré a cantar la histórica salmodia: En Catalañazor, Almanzor (el Señor), perdió su tambor.



Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial
de Cáceres, acaba de aparecer la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanlicismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO II

Anotada e ilustrada

Pedidos al autor: Antonio Hurtado, 4 - Cáceres, a Servicios Culturales
o a la Revista «ALCANTARA»



ALBUM EXTREMEÑO. - Teatro Romano de Mérida.